

**CONSIDERACIONES EN TORNO A
LA APOLOGIA PRO VITA SUA,
DEL CARDENAL JOHN HENRY NEWMAN**

María Elena Cuervo
Universidad Nacional de Cuyo

Resumen

Este trabajo consiste en un estudio de la Apologia Pro Vita Sua del Cardenal John Henry Newman desde la perspectiva del discurso autobiográfico. El propósito principal de este trabajo es insistir tanto sobre los rasgos específicos del género como sobre las fuentes que operan en su construcción. En este sentido se puede proponer que la autobiografía del Cardenal Newman sugiere un cierto tipo discursivo con respecto al género en el que se inscribe, marcadamente apoyado en el estilo apoloético de la Confessio Agustiniana.

Palabras clave: literatura - autobiografía - apologética cristiana - John Henry Newman.

Abstract

This paper analyzes John Henry Newman's Apologia pro vita sua. The main purpose of this work is to study the specific characteristics of the genre as well as the sources observed in its structure. Newman's text suggests a special discourse within the autobiographic genre, highly marked by the apologetic style seen in Saint Augustine's Confessio.

Key words: literature - autobiography - Christian Apologetics - John Henry Newman.

Introducción

Si se hiciera una recopilación de los distintos testimonios autobiográficos por medio de los cuales los hombres han dejado escrito su proceso de conversión, el texto del Cardenal Newman, *Apología pro vita sua*, alcanzaría, sin dudas, uno de los puntos más elevados de su formalización. El relato del “retorno a la Casa del Padre”, como Newman lo llama, está hecho con un enfoque muy original, en el sentido de que se constituye, al mismo tiempo, en fundamento histórico - teológico del mundo que lo rodea, de él mismo y de toda la realidad.

El texto revela un proceso ascendente, no exento de desviaciones y retrocesos, por medio del cual la inteligencia del autor pudo ir penetrando de un modo sistemático, cada vez más eficaz y lúcidamente, en las cosas de la Fe. Pero, en el relato todas esas facetas intelectuales y afectivas por las que su vida fue pasando -de manera a veces inexplicable-, revelan su nexo, su fundamento y su perfección en aquel Principio actual, intrínseco y dinámico del alma, que es Dios.

La *Apología...* se trabaja teniendo presente, como requisito esencial de análisis, la estructura literaria autobiográfica en tanto que soporte de esa alta expresión del espíritu que busca su “luz”. Se admite, como punto de partida, que la autobiografía es un género literario que tiene como principio constructivo básico la enunciación en primera persona, en un proceso retórico de reconversión hacia sí mismo, ya que el yo, en este caso, habla de sí mismo, consignándose, entonces, como expositor y referente a un tiempo. No obstante, en ese proceso de auto representación del yo, los límites están planteados en el plano de un peregrinar interior que, superando el esquema básico de lo autobiográfico, ingresa en los intersticios de una *confessio*: la fuente inmediata es, pues, San Agustín, quien proporciona el modelo acabado a este tipo de expresión con sus *Confesiones...*, inaugurando en la cultura occidental cristiana la autobiografía interior. Sin embargo, las características particularísimas, tanto del texto como del

contexto, en la obra del Cardenal, nos obligan a buscar otras influencias.

En un proceso tal de representación –función primera de la literatura- los recursos estilísticos se esfuerzan de manera singular para dar lugar a la aparición de un “alma”, que es, en definitiva, el solo personaje, si se quiere, del relato y se constituye, al mismo tiempo, en eje estructurante de la obra. De acuerdo con estos principios, la tarea que aquí se presenta, consistirá en:

- Recuperar el contexto histórico teológico en el que está envuelta la contingencia espiritual del autor.
- Caracterizar de manera singular el texto en cuestión, la *Apología...*, en relación con el género mayor incluyente: la autobiografía bajo la forma de la *Confessio* agustiniana.
- Sistematizar la estructura narrativa-argumentativa de la *Apología...* en el marco de una retórica propia.

El contexto de la Apología...

John Henry Newman nació el 21 de febrero de 1801 en Londres y murió el 11 de agosto de 1890 en Birmingham¹. Teólogo y hombre de letras, tuvo una gran influencia en el pensamiento religioso del siglo XIX. Resulta imposible separar la vida de Newman del movimiento que lideró, como anglicano, el *Oxford Movement* en la Iglesia de Inglaterra, para, luego de convertido a la Fe católica, ser nombrado Cardenal de la Iglesia Apostólica Romana. Entre sus escritos -todos de una gran elocuencia- se pueden contar obras de Teología y de Apologética Histórica, siendo el más notable, quizás por su originalidad, finalidad y estilo, la *Apología pro vita sua* de 1864, “*being a History of his Religious Opinions*”.

Primero estudiante y luego miembro activo de la Universidad de Oxford, Newman fue un organizador efectivo y líder intelectual del famoso Movimiento iniciado en 1833 con el fin de rechazar el alarmante proceso de secularización y liberalización que iba sufriendo la Iglesia Anglicana. Una oleada de incredulidad iba

ganando no sólo el movimiento intelectual de Oxford sino que se extendía a los altos funcionarios del Estado, a los gobernantes y a las clases aristocráticas. El presbítero John Keble, amigo de Newman, renunció en 1823 a la cátedra universitaria, para ir a “misionar” y, con este sentido, pronunció el 14 de julio de 1833, en la misma iglesia de la Universidad, un sermón que se publicó con el título de “Apostasía nacional” y que conmovió a toda Inglaterra. Con este sermón comenzaba, en forma nacional, la reacción contra el liberalismo religioso, es decir, el *Oxford Movement*. Este Movimiento proponía como estrategia, la recuperación de los principios fundantes de la primitiva Iglesia Católica Romana con el objeto de reinsertarlos en el canon religioso reformado de Inglaterra y, así, salvar a la Iglesia de su país. El trabajo de recuperación de esos principios doctrinarios le cupo a Newman. Pero mientras iba estudiando a los Santos Padres y los Concilios, advirtió que los fundamentos cristianos del anglicanismo coincidían con los del catolicismo, es decir, con los de la Iglesia de Roma; que el anglicanismo, por tanto, no tenía razón de ser como confesión escindida y no podía ser otra cosa que una rama mal separada de la Iglesia universal o católica. Cuanto más avanzaba en su estudio, más claro iba viendo que el anglicanismo, en lo que tenía de cristiano, era católico y en lo que tenía de protestante no era cristiano: como fenómeno histórico, no era más que una novedad política o nacionalista. En cambio, la Iglesia de Roma era la misma que en tiempos de San Ireneo, de San Justino, de San Agustín y de los primeros Concilios. En resumen: el detestado papismo o romanismo era lo antiguo, lo verdaderamente cristiano y el anglicanismo, una innovación herética.

El Movimiento de Oxford escindió primero al anglicanismo con el fin de renovarlo, luego se dividió en dos corrientes: los prudentes, los aferrados a su posición, se hicieron “anglocatólicos”; los de mayor categoría moral se convirtieron al catolicismo. Este movimiento conmovió a todas las clases de la sociedad inglesa y participaron en la conversión gran número de fieles.

En septiembre de 1843, antes aún de su conversión pero por efecto de una serie de declaraciones que lo signaban como un “reaccionario”, Newman tuvo que renunciar a su posición como vicario en Santa María, capilla universitaria principal de Oxford. Una semana más tarde predicó su último sermón en el ámbito anglicano y el 9 de octubre de 1845 fue recibido en el seno de la Iglesia de Roma. Sin embargo, su origen protestante, sus hábitos litúrgicos embebidos en las costumbres reformistas, tanto como sus lecturas liberales, produjeron entre los más rigurosos clérigos romanos un estado de sospecha, razón por la cual el comienzo de su carrera como sacerdote romano católico, estuviera marcado por una serie de frustraciones.

En 1864, un acontecimiento particularísimo quiebra, de alguna manera, ese sentimiento de frustración y hace salir a Newman de su larga pero fructífera “noche oscura del alma”: el presbítero anglicano Charles Kingsley, antiguo amigo y miembro de Movimiento, le escribe una carta, desafiándolo a justificar “la honestidad” de su vida como anglicano. La respuesta da por resultado la historia de sus opiniones religiosas a través de la *Apologia pro vita sua*. Esta obra fue leída y aprobada más allá de los límites de la Iglesia de Roma, y debido a su sinceridad, candor e interés por la belleza de algunas escenas, le ayudó a obtener el *status* nacional del que antes había gozado. Y fue, también, la *Apologia...* la que afianzó su situación en la Iglesia Católica a tal punto que, siendo un converso, el Papa León XIII lo nombró, en 1879, cardenal de San Jorge en Velabro.

Asociados a la *Apologia...*, Newman escribió gran cantidad de himnos, incluyendo el famoso “Lead, Kindly Light”, e, inclusive, de ella se desprendieron importantes obras teológicas. Pero la labor más importante del Cardenal, fue afianzar, con su conversión y sus escritos, el restablecimiento en Inglaterra de la Jerarquía Católica, que había sido suprimida en 1658 por la reforma protestante.

Como se puede ver, es en su contingencia histórica donde hay que buscar las razones que impulsan la aparición de la *Apologia...* Razones que si bien se inician en una demanda

puntual a su persona (la carta demandante de Kingsley), iluminan de manera prodigiosa un conflicto universal y trascendente, como fue la separación de Inglaterra de la Iglesia de Roma.

La configuración autobiográfica de Newman en su *Apología* presenta un múltiple interés. Tal como señala Luca Obertello, “[...] el texto se presenta como una de las [autobiografías] más ricas y sugestivas de todo el 800 inglés y europeo”². Su estilo se considera además como un antecedente del modernismo en la literatura en lengua inglesa³.

La formulación particular de los aspectos autobiográficos de la Apología...

Antes de efectuar el análisis del texto de Newman, se deslindará la noción de autobiografía que se adopta en el presente estudio.

Philippe Lejeune en *El pacto autobiográfico*⁴ se cuestiona la posibilidad de definir la autobiografía y, al hacerlo, se “tropieza” con las clásicas discusiones en torno al género: relaciones entre la biografía y la autobiografía, relaciones entre la novela y la autobiografía. Sin embargo, se anima a dar una definición: “relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad”⁵. En este enunciado hay cuatro elementos en juego: la forma del lenguaje: narración, en prosa; el tema tratado: vida individual, historia de una personalidad; situación del autor: identidad del autor y del narrador; la posición del narrador: identidad del narrador y del personaje principal; por último, eje temporal: perspectiva retrospectiva de la narración. Por cierto, no cumplen con estas condiciones los géneros colindantes con la autobiografía: memorias, biografías, novelas personales, poemas autobiográficos, diarios íntimos, autorretratos o ensayos.

Lejeune concluye que la autobiografía es un modo de lectura tanto como un tipo de escritura, es un efecto contractual que varía históricamente. El triunfo de ofrecer una fórmula clara y total de la autobiografía sería en realidad un fracaso:

La historia de la autobiografía sería entonces, más que nada la de sus modos de lectura: historia comparada en la que se podría hacer dialogar a los contratos de lectura propuestos por diferentes tipos de textos, y los diferentes tipos de lectura a que esos textos son sometidos. [...] la autobiografía se define por [...] el tipo de lectura que engendra, la creencia que origina, y que se da a leer en el texto crítico⁶.

Isabel Durán Jiménez Rico dice acerca de la labor del autobiógrafo que “[...] es un creador que tiene que recapturar el tiempo, dar forma a lo deforme, convertir al uno en múltiple y a lo múltiple en uno, transformar la imagen de uno mismo en un espejo en el que se miran los otros, convertir la vida en palabras y las palabras en vida”⁷.

En su artículo, la autora recorre en términos generales y superficiales el género autobiográfico en Norteamérica y en Inglaterra. Dentro de este último menciona, entre otras, la obra del Cardenal Newman, catalogándola de “hermenéutica teológica”⁸. Lo ubica dentro de la época victoriana, donde los grandes autobiógrafos eran historiadores, filósofos y críticos, más que novelistas. La autobiografía victoriana sería entonces un género que traduce la filosofía en narrativa, o que hace de puente entre la teoría filosófica y la práctica existencial; de forma que las propias vidas de los autobiógrafos se convierten en definiciones empíricas de sus argumentos filosóficos.

En “Figuras de la autobiografía”, Anna Caballé⁹ utiliza el término inglés “la literatura del mí o del yo” (*literature of myself*) para referirse a la amplia gama de orientaciones particulares: diarios íntimos, autobiografías, memorias, confesiones:

[...] la literatura del yo, o del mí, atiende precisamente al conjunto de esos actos de escritura en los que el autor se enfrenta explícitamente con su experiencia para descubrir después en qué medida sus vivencias conectan con las de otros y, en definitiva con el lector¹⁰.

Aclara que la necesidad de tener en cuenta a quienes han de recibir la obra obliga al autobiógrafo, en general, a seleccionar su material en una determinada dirección; a no enfrentarse demasiado, por ejemplo, con los sentimientos y las opiniones imperantes; a respetar en lo posible convicciones y tradiciones culturales; a reprimir, en fin, la reflexión sobre uno mismo y reducirla a cauces aceptables por temor a ser penetrado, descifrado, desposeído de todos sus secretos, juzgado.

Ante esto, Caballé admite al público como la fuerza formadora de este estilo. Retomando a Lejeune, la autora afirma que es la perspectiva del lector, y el contrato de lectura que él establece lo que permite identificar el género, dadas las coincidencias formales entre la autobiografía y novela.

Podemos concluir, en principio, que los críticos admiten, por un lado, la presencia de un “acto de comunicación” en la base de la organización estructural del texto autobiográfico que se organiza de la siguiente manera:

1. EMISOR: es el autor y la enunciación a un tiempo
2. RECEPTOR: señalado específicamente o no, ejerce una presión particular no sólo en el mensaje (qué voy a decir) sino en la posición de la enunciación (cómo lo voy a decir).
3. MENSAJE: el emisor se relata a sí mismo, en una dimensión existencial concreta, y si los aspectos constitutivos de la narración aparecen a veces aislados y horizontalmente desligados, la perspectiva de la enunciación les proporciona esa unidad vertical que los mantiene a todos bajo el mismo signo: la autoconfiguración del yo en relación con una circunstancia que lo trasciende.

Bajtín, en su *Estética de la creación verbal*¹¹, considera las funciones que estructuran el relato autobiográfico y dice al respecto:

Mi contemplación de mi propia vida es tan sólo una anticipación del recuerdo de otros acerca de esta vida,

recuerdo de descendientes, parientes y prójimos (la amplitud biográfica de una vida puede ser variada); los valores que organizan la vida y el recuerdo son los mismos¹².

El género autobiográfico en la tradición cristiano-occidental se inicia, de manera categórica, con las *Confesiones* de San Agustín. Incluye obras como el *Libro de la Vida* de Santa Teresa de Ávila o la *Historia de un alma* de Santa Teresita de Lissieux. María Zambrano considera la *Confesión* como una de las formas de la autobiografía que consiste en la “revelación de la vida interior”. La confesión, afirma la autora, “surge de ciertas situaciones en que la vida ha llegado al extremo de confusión, dispersión o concreción, cosa que puede suceder por obra de circunstancias individuales, pero más todavía, históricas [...] Precisamente cuando el hombre ha sido humillado, o cuando se ha cerrado en el rencor, o cuando sólo siente sobre sí el peso de la existencia, necesita entonces que su propia vida se le revele”. Y para lograrlo, ejecuta el doble movimiento propio de la confesión: “el de la huida de sí y el de buscar algo que le sostenga y aclare”¹³.

Pero hay algo que conviene agregar y que termina de dar forma a la *Confessio* cristiana. Y es el hecho de que el destinatario de *mis pecados* es, siempre, Dios: *si mi culpa* y mis pecados son la causa y la razón de la Redención, mi alma pecadora es, también, su objeto y fin. Por otra parte, como en todo discurso en el que se produce ese dominio absoluto del yo, se cae fatalmente en un diálogo consigo mismo.

Cuando San Agustín se pregunta en las *Confesiones*: *Qui narro haec?*, ¿A quién cuento yo esto?: “*Neque enim tibi, Deus meus; sed apud te narro haec generi meo, generi humano, quantumcumque ex particula incidere potest in istas meas literas*”. ¿Y para qué esto?: “*Ut videlicet ego et quisquis haec legit cogitemus, de quam profundo clamandum sit ad te*”¹⁴. Esa “huida de sí” que señala Zambrano, no es otra cosa que la necesaria “objetivación” de mí mismo, de mis miserias, para ser presentada, como prenda única y valiosa ante el Padre de las Misericordias.

Resulta absolutamente claro que la *Apologia...* del Cardenal Newman está inscrita en esta línea de las Confesiones cristianas. Pero hay una fuente más que interviene de manera puntual en su caracterización y que aparece en la misma denominación: *Apologia pro vita sua*.

Se podría suponer, en primera instancia y dada la formación clásica de los integrantes del *Oxford Movement*, que el término Apología se relacionaría con el género griego: apología, que se refiere al discurso de palabra o por escrito, en defensa o alabanza de personas o cosas, tal como lo ejemplifican las *Apologías* de Sócrates, de Platón o de Jenofonte. Asociado esto a la idea expresa de hacerlo “para sí mismo” (*pro vita sua*), cabría pensar que el Padre Newman, hace de su escrito una “alabanza” defensiva de su propia conversión al Catolicismo. Nada más lejos de la verdad. Las raíces del género se insertan en la primitiva tradición de la liturgia católica, adoptan ciertas características digamos “comunitarias” derivadas de su inserción en la liturgia y allí se enlazan con la *Confessio*, como se verá a continuación.

E. Martène, en su obra *De Antiquis Ecclesiae Ritibus*¹⁵ afirma que bajo la denominación de *Apologia* se designaban en la liturgia católica antigua algunas oraciones que el sacerdote oficiante recitaba para pedir perdón por sus propias culpas. Se encuentran bellísimos ejemplos en los antiguos rituales. No tenían un lugar fijo en el *Ordo Missae*, pero se ubicaban principalmente en el *Introito*, entre el canto del *Psalmus 42*: “*Introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat juventutem meam*” y el *Offertorium*. El origen de esta composición se remonta a los siglos IX y XI y su recitado no fue obligatorio hasta el Concilio de Trento, que establece definitivamente el *Ordo*. En la liturgia tradicional de hoy, se conserva como el *Confiteor*, al principio de la Misa, rezado por el sacerdote y luego por los fieles y que tiene, de manera general, la estructura retórica de las antiguas Apologías:

1. La primera persona: “yo confieso”
2. El destinatario: “ante Dios omnipotente” en primer lugar, pero también ante la Bienaventurada Virgen María, ante

San Miguel Arcángel, ante los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, ante “todos los santos” y “ante vosotros hermanos”, especificando puntualmente en la recepción a toda la comunidad eclesial.

3. El mensaje: “que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión”, y que concluye con el “*Mea culpa*”: por “mi” culpa.
4. La segunda parte del *Confiteor* conserva la misma estructura, pero ya no confiesa, sino que pide perdón: “*ideo precor*”, a los mismos receptores para que recen por “mi”: *orare pro me ad Dominum Deum nostrum*.

Como se puede ver, poco queda de la defensa y de la alabanza que caracterizaron al género en la antigüedad pagana ya que el “Salmo 42” que introduce el *Confiteor* pide expresamente: “*Judica me, Deus, et discerne causam meam de gente non sancta: ab homine iniquo et doloso erue me*”¹⁶.

Ya se ha señalado la afición que los profesores de Oxford tenían por los ritos de la Iglesia primitiva, a la que reivindicaban en contra, precisamente, de Trento, en cuyas cláusulas conciliares el anglicanismo había sido declarado cismático y herético por su radical separación de la potestad de Roma.

Frederic Warren, en *The Liturgy and Ritual of the Celtic Church*¹⁷, desde una perspectiva anglicana, también hace referencia a la Apología como una fórmula arcaica de la liturgia y reconoce una *dispositio* fija para su construcción: *confessio, accusatio, indulgentia, excusatio ante altare, confessio sancta peccatorum, oratio de conscientiae reatu ante altare* y, a menudo, se agregaba: *ante sacerdotis* que constituían el grupo o “escuela de cófrades” más próximos al presbítero que hacía esta confesión.

Podemos concluir, entonces, que la *Apologia...* de Newman está construida sobre esta tradición y que, por otra parte, este género así enunciado era de común conocimiento entre sus pares a quienes los dirige. Aunque, como se verá, el texto de Newman presenta, por diversas razones, modificaciones singulares.

Estructura narrativo-argumentativa de la Apología...

La crítica

Numerosísima es la crítica que se ha hecho sobre la *Apología pro vita sua*. Resaltaremos sólo algunos autores. Lewis Gates en su ensayo "Newman as a Prose - Writer" observa en la *Apología...* del Cardenal, la fórmula retórica de un texto que tiene por objeto la auto justificación, apartando los prejuicios, y explicando las razones que lo llevaron al plan actual que él decide escoger. Newman debe convencer al público de la injusticia cometida por Kingsley y su propia inocencia. Sin embargo, agrega, sería errado ver la construcción de la *Apología* como una mera respuesta a Kingsley: "*the real aim of the book was simply and sincerely autobiographic*"¹⁸.

Gates destaca el razonamiento silogístico y la demostración lógica como una de las estrategias para demostrar la verdad.

The work is from first to last, intensely impersonal in its tone and matter, persuasive because of its concreteness, its dramatic vividness, the modulations of the speaker's voice, the sincerity and dignity of his look and bearing. Logic, of course, gives coherence to the discussions. The processes of thought by which Newman moved from point to point in his theological development are consistently set forth; but the convincing quality of the book comes from its embodiment of a life, not from its systematization of a theory¹⁹.

En relación con este carácter general del libro, el estilo, afirma Gates, es la perfección de la informalidad y el simple coloquialismo.

Walter Houghton en "Style and recreation of the past" analiza la obra de Newman en su aspecto literario, y la caracteriza como poseedora de un gran estilo literario debido a su organicidad. Varios factores lo confirman: la memoria vívida, su doctrina de la personalidad, su intensa auto-conciencia, su creencia en providencias especiales que hacen de la vida una serie gradual

de eventos dramáticos, su teoría de la biografía y su manera de ver la mente, no como algo estático, sino en continua actividad.

Cuatro técnicas principales estudia Houghton en la recreación de la vida psicológica de Newman: la sintaxis, que revela no belleza, sino la estructura y el movimiento interno de su pensamiento; el habilidoso manejo de la metáfora, que define la emoción y proyecta la fusión de pensamiento y sentimiento; el uso del idioma conversacional, en dicción y ritmo, que permite el surgimiento de los argumentos de una manera diáfana, tal como fueron debatidos por primera vez, con o sin oponentes, hablando por ellos mismos. Finalmente, la *Apología* es dramática en sus espacios narrativos, que recapturan el suspenso, el detalle circunstancial y el clímax de los eventos pasados, ya sean externos o internos.

Houghton admira profundamente la obra de Newman en su totalidad y destaca la labor artesanal del cardenal plasmada en su *Apología*:

Revelation that is sharp and full requires the most sensitive control of language: Diction, imagery, rhythm, syntactical structure must work together to express the whole movement of the mind, the very curve, so to speak, of the "living intelligence"²⁰.

Martin Svaglic aporta, con "The structure of Newman's *Apología*"²¹ una mayor comprensión de la obra del Cardenal. Comienza su ensayo afirmando que el trabajo "no es la autobiografía de Newman desde 1801 a 1845". No cuenta nada de su vida familiar, las actividades de estudiante, los intereses artísticos e intelectuales de su complejo sujeto. Tampoco, admite este autor, es propiamente una autobiografía espiritual de esos años sino en un sentido limitado:

The *Apologia* is primarily a work of rhetoric designed to persuade a body of readers of judges, English, Protestant, and suspicious of a convert to an unpopular religion [...] Therefore he would confine the autobiography principally to a brief explanation of how he arrived, to begin with, at what

so many regarded with suspicion and fear: Anglo Catholic principles; and to a detailed one of how, having accepted them and devoting himself to propagating them, he became convinced that the principles which had led him thus far must lead him farther still, into the Catholic Church²².

La enunciación

It may easily be conceived how great a trial it is to me to write the following history of myself; but I must not shrink from the task. The words, "Secretum meum mihi", keep ringing in my ears ; but as men draw towards their end, they care less for disclosures. Nor is it the least part of my trial, to anticipate that, upon first reading what I have written, my friends may consider much in it irrelevant to my purpose; yet I cannot help thinking, viewed as a whole, it will effect what I propose to myself in giving it to the public²³.

Es fácil suponer cuán grande será para mí el riesgo de escribir mi propia biografía, pero no debe arredrarme la empresa. Las palabras "mi secreto para mí" siguen resonando en mis oídos; los hombres, sin embargo, según se van aproximando al fin de su vida, menos temen las revelaciones. No es la menor parte de mi riesgo el prever que mis amigos, a la primera lectura de lo que escriba, pueden considerarlo de poco interés para mi propósito; mas no puedo menos de pensar que, considerado en su conjunto, producirá el efecto que yo me propongo²⁴.

Estas son las palabras iniciales del texto, por medio de las cuales el Cardenal deja explícita la posición axial del "yo" frente al relato " escribir mi propia biografía", no sin advertir y advertirse el "riesgo" que esta empresa significa. Establece, también, la relación del "yo mismo" frente a la recepción: "mis amigos" tanto como la complejidad del mensaje aunque "considerado en su conjunto", "producirá el efecto que yo me propongo".

Se hace evidente, en este breve pero medular exordio, no sólo la postura de la enunciación en relación, por una parte, con el doble conflicto que atraviesa su persona: la denuncia de

Kingsley y la desconfianza de los católicos, y, por otra, y en parte subsidiariamente, las exigencias de una recepción compleja: sus viejos compañeros del *Oxford Movement*, los que quedaron en el Anglicanismo y los que, más resueltamente, volvieron a la Madre Iglesia de Roma:

[...] to whom can I more suitably offer it (this history of himself) than to St. Philip's sons, my dearest brothers of this House, the Priests of the Brimingham Oratory, Ambrose St. John, Henry Austin Mills, Henry Bittleston, Edward Caswall, William Paine Neville, and Henry Ignatius Dudley Ryder? [...] who have done so many good works, and let me have the credit of them; - with whom I have lived so long, with whom I hope to die (p. 215).

¿A quién mejor dirijo yo, como ofrenda de afecto y gratitud, que a los hijos de San Felipe, mis queridísimos hermanos de esta casa, los sacerdotes del oratorio de Birmingham, Ambrosio St. John, Enrique Austin Mills, Enrique Bittleston, Eduardo Casual, Guillermo Paine Neville y Enrique Ignacio Dudley Ryder? [...] ellos me han hecho mucho bien, y por eso doy aquí testimonio de ello con ellos he vivido mucho tiempo, y entre ellos espero morir (p. 300).

Pero hay, también otro destinatario:

And to you especially, dear Ambrose St. John; whom God gave me, when He took everyone else away; who are the link between my old life and my new; who have now for twenty one years been so devoted to me, so patient, so zealous, so tender; who have let me lean so hard upon you; who have watched me so narrowly; who have never thought of yourself, if I was in question.

And in you I gather up and bear in memory those familiar affectionate companions and counselors, who in Oxford were given to me, one after another, to be my daily solace and relief; and all those others, of great name and high example, who were my thorough friends, and showed me true attachment in times long past; and also those many younger men, whether I knew them or not, who have never been disloyal to me by word or deed, and of all these, thus

various in their relations to me, those more especially who have since joined the Catholic Church (pp.215-216).

Y a ti, especialmente, querido Ambrosio St. John, a quien Dios me ha dado, cuando me quitó a todos los demás; que eres el lazo entre mi vida nueva y la antigua; que has sido durante veintiún años tan bueno para mí, tan paciente, tan celoso, tan tierno; que me has dejado tantas veces apoyarme tan pesadamente sobre ti; que me has cuidado con tanto cariño, que nunca pensabas en ti mismo cuando de mí se trataba.

En ti resumo yo y conservo a todos aquellos queridos y afectuosos compañeros y consejeros que en Oxford venían, uno después de otro, todos los días a recrearme y aliviarme; y a todos aquellos de gran renombre y alto ejemplo que fueron leales amigos y me mostraron verdadera adhesión en los tiempos pasados y también a muchos jóvenes, conocidos o no, que nunca me han sido desleales ni de palabra ni de obra, y a todos aquellos que han tenido relación conmigo, y más especialmente los que desde entonces se han venido a la Iglesia Católica (p. 300).

Con esto, finalmente, concluye con aquel requisito señalado por Warren de exponer la *confessio sancta peccatorum ante altare* y, además: *ante sacerdotis*, es decir, ante todos aquellos con los que él formó desde siempre y para siempre una verdadera "fraternidad":

And I earnestly pray for this whole company, with a hope against hope, that all of us, who once were so united, and so happy in our union, may even now be brought at length, by the Power of the Divine Will, into One Fold and under One Shepherd (p.216).

Con toda mi alma ruego a Dios por todos, con "la esperanza contra toda esperanza" de que todos nosotros, que una vez hemos estado tan unidos, y en tan feliz unión, podamos encontrarnos al fin, por el poder de la divina voluntad, en el "único rebaño bajo un solo Pastor" (p. 300).

Pero, ¿qué significa las enigmáticas palabras contenidas en la expresión: “ese secreto para mí”?:

When I was fifteen, (in the Autumn of 1816) a great change or thought took place in me. I fell under the influence of a definite Creed, and received into my intellect impressions of dogma, which, through God's mercy, have never been effaced or obscured. [...] the doctrine of final perseverance. I received it at once, and believed that the inward conversion of which I was conscious, (and of which I still and more certain than that I have hands and feet,) would last into the next life, [...] (this helped him) in isolating me from the objects which surrounded me, in confirming me in my mistrust of the reality of material phenomena, and making me rest in the thought of two and two only absolute and luminously self evident beings, myself and my Creator (p. 16).

A los quince años, en el otoño de 1816, se produjo un gran cambio en mi pensamiento. Caí bajo la influencia de un credo definido y recibí en mi entendimiento impresiones de un dogma, las cuales, por misericordia de Dios, nunca se han borrado ni oscurecido. [...] la doctrina de la perseverancia final. La acepté en seguida y creí que la conversión interior, de la cual yo tenía conciencia y de la cual estoy todavía hoy más cierto de que tengo manos y pies, duraría toda la vida [...] esto me permitió aislarme de los objetos que me rodeaban, en confirmarme en la desconfianza de la realidad de los fenómenos materiales y en hacerme descansar en el pensamiento de dos, y sólo dos, supremos y luminosos seres absolutamente evidentes para mí: yo mismo y mi Creador (p. 31).

A Dios mismo y a ningún otro es posible mostrar el “alma” atormentada del pecador, porque:

And who can recollect, at the distance of twenty five years, all that he once knew about his thoughts and his deeds, and that, during a portion of his life, when, even at the time his observation , whether of himself or of the

external world, was less than before or after, by very reason of the perplexity, ad dismay which weighed upon him, - when in spite of the light given to him according to hi need amid his darkness, yet a darkness it emphatically was? (p.81).

¿Quién puede recordar, a la distancia de veinticinco años, todo lo que antaño sabía acerca de sus propios pensamientos y acciones; y eso, durante una porción de su vida cuando la observación (ya de sí mismo, ya del mundo exterior), aun en el momento mismo de hacerla, tenía poca intensidad, por la perplejidad misma y el desmayo que pesaban sobre su persona; cuando, aunque sea ingratisimo confesar que no se poseía suficiente luz entre las tinieblas y, sin embargo, existían- ¡qué duda cabe!- esas tinieblas? (pp. 114-115).

Con estas palabras resuelve el Padre Newman el necesario desdoblamiento de esa primera persona lo que, a su vez, le permite resaltar, con toda claridad y sencillez, los problemas de la "condición humana", sumergida en esas tinieblas, ese abismo profundo del que habla San Agustín, Job y los Salmos y desde donde el hombre, por un acto de Fe único y personal, se reintegra a su centro, que no es otro que Jesucristo: "*I only thought of the mercy to myself*" (p. 16) ("Yo creía en la Misericordia solamente para mí, p. 31).

Narración como argumento

La estructura básica de la obra como un todo es afectada fuertemente por el estilo narrativo y está determinada por la concepción de vida de Newman y la naturaleza de la conversión. Cuatro actos se presentan en el drama de la conversión del Cardenal (equivalentes a los cuatro capítulos), habilidosa y cuidadosamente planeados como tales.

El primer capítulo o acto del drama "*History of my religious opinions to the year 1833*", establece la escena para la batalla y provee las fuerzas incitadoras. En apropiado contraste, el segundo acto es más romántico, para mantener a los lectores interesados en las sutilezas de su cosmovisión teológica y porque su posición

de vida es en algunos aspectos definitivamente romántica²⁵. El capítulo dos, considerado en su totalidad, cubre los años 1833 a 1839 y describe el dinamismo de la acción interior, el período de confianza y fuerza. El tercer acto, desde 1839 a 1841, representa la crisis espiritual. Comienza con maravillosas alusiones premonitorias de esa gran revolución de pensamiento que culminará con el “retorno a la casa del Padre”. El corazón del capítulo abre con la frase “*The Long Vacation of 1839 began early*”. Después aparecen los “fantasmas” revelándole las analogías de su posición. El último acto, 1841 a 1845, es la resolución y el desenlace, el período del soldado agonizante, si bien consciente del hecho sólo por partes. Lleva su propia historia a un cierre. Por último, en su quinto y último capítulo está listo para responder a algunos de los cargos principales de Kingsley y sus amigos, y no será fácil resistírsele. Varios temas esenciales se disputan en este último capítulo: la justificación, la libertad, el pecado original, la Inmaculada Concepción de la Virgen, la infalibilidad de la Iglesia. A todo responde Newman con una clarividencia excepcional, como reo que es de un tribunal adverso porque, como él bien concluye:

It is lawful at times to be silent about the truth, but out of a court of love; for in court, when a witness is interrogated by the judge according to law, the truth is wholly to be brought about (p. 214).

Es lícito, a veces, callar la verdad, pero fuera de un tribunal; porque en un tribunal, cuando un testigo es interrogado por el juez según la ley, la verdad debe decirse en absoluto (p. 298).

Conclusiones

Después de su conversión y ordenado sacerdote católico, Newman vuelve a Inglaterra. Con autorización del obispo de Westminster, el cardenal Wiseman funda en Birmingham un Oratorio como los de San Felipe de Neri; y allí con los nuevos convertidos, vive entregado a sus estudios. Su conversión levanta

un clamor inmenso. Pasado el temporal, el cardenal Wiseman reúne la nueva Jerarquía, o sea los obispos católicos, en el seminario de Oscott. Newman es invitado a predicar. Allí pronuncia otro discurso célebre: “La segunda primavera”, que es comparado por su resonancia y sus efectos con el *Genio del Cristianismo* de Chateaubriand. Después es llamado a formar una Universidad Católica en Irlanda. No puede llevar a cabo su proyecto y vuelve a Inglaterra. El año 1864, el doctor Kingsley con sus violentos ataques al clero católico, a la Iglesia y al mismo Newman, lo saca de su silencio. Entonces escribe “la jamás hermosa autobiografía de Inglaterra”, la *Apología...*, que ocupa el primer puesto en la literatura nacional y le vale el primer lugar entre los clásicos ingleses.

Restituido al mundo y a la gloria, su portentosa actividad intelectual produce otro libro no menos célebre en los anales de la Filosofía, la *Gramática del asentimiento*. Sigue otra ruidosa polémica con Gladstone, que aumenta su fama de apologista. Ante las alabanzas y admiración del mundo, Inglaterra lo reconoce como uno de sus preclaros hijos: Oxford, la Universidad que tanto le ha escarnecido, le inviste con el título de *fellow* honorario y le recibe en triunfo el 26 de febrero de 1878. Con Carlyle y Ruskin llega a constituir la trinidad de los grandes maestros nacionales.

No se ha propuesto este trabajo analizar la profunda producción intelectual de Newman ni la enumeración de la copiosa bibliografía a que ellas y su persona dieron lugar. Se ha realizado el estudio del marco autobiográfico, que bajo la forma específica de la *Confessio*, envuelve la *Apología pro vita sua* en el mismo espacio espiritual en que la planteara San Agustín, otorgando de manera general los fundamentos retóricos de su expresión. Pero, y sobre todo a partir de los últimos capítulos, se va haciendo más fuerte la presencia del “ensayo” como género preponderante y, dentro de éste, la polémica en torno a los temas esenciales que separan ambas iglesias. El trayecto temático que se describe bajo el género ensayístico será objeto en otra oportunidad de un análisis más completo. El mismo demostrará cómo ensamblan dos tipos discursivos de forma aparentemente inconciliable: la

“*confessio*” y el “ensayo”, en una obra de singularísima importancia, logrando desde una perspectiva retórica resolver la polémica formal intrínseca que esta mezcla plantea para el crítico.

La *Confessio* hábilmente moldeada por San Agustín impone, en principio, dos ejes sobre los cuales funciona la persuasión discursiva. Estos dos ejes son: una fuerte impronta de la enunciación, que se desdobra sobre sí misma buscando un receptor digno; y la organización rigurosamente subjetiva de la argumentación que ese sujeto “doliente” considera su “culpa”. Este segundo aspecto, intrínsecamente relacionado con el primero, permite la intromisión de lo que el lector considera opinable. En función de esa instalación de la opinión en el público lector es que se puede hablar de una manera propia de ensayo. Estas son las razones que hacen del texto de Newman una amalgama de los tipos discursivos ya señalados que se resuelve sin conflictos expresivos.

NOTAS

¹ Se ha seguido, para la elaboración de este apartado, en primer lugar, el estudio preliminar de Manuel Graña, para la primera edición en castellano de la *Apología...* Se ha consultado, igualmente, la biografía y la síntesis del pensamiento de Newman que consta en *Dictionnaire de Théologie Catholique*. Paris, Librairie Letouzey et Ané, 1923. No se ha creído necesario ahondar más en este aspecto, ya que el texto mismo aporta, con abundancia, los datos necesarios para reconstruir tanto la vida como las influencias que el autor declara haber recibido.

² Luca Obertello. *Conoscenza e persona nel pensiero di John Henry Newman*. Trieste, Università degli Studi di Trieste, 1964, p. 5.

³ *Ibid.*, p. 6.

⁴ Philippe Lejeune. *Le pacte autobiographique*. Paris, Seuil, 1996.

⁵ *Ibid.*, p. 48.

⁶ Philippe Lejeune. "El pacto autobiográfico". En: AA/VV. "La autobiografía y sus problemas teóricos". *Anthropos*. Barcelona, nº 29, 1991, p. 61.

⁷ Isabel Durán. "El género autobiográfico en la literatura inglesa: Gran Bretaña y Estados Unidos". En: Manuela Ledesma Pedraz (ed). *Escritura autobiográfica y géneros literarios*. Jaén, Universidad de Jaén, 1999, pp. 99-118. La referencia corresponde a la página 110.

⁸ *Ibid.*, p. 112.

⁹ *Revista de Occidente*. Madrid, nº 74-75, 1987, pp. 103-119.

¹⁰ *Ibid.*, p. 105.

¹¹ M. M. Bajtín. *Estética de la creación verbal*. Traducción T. Bubnova. México, Siglo XXI, 1985.

¹² *Ibid.*, p. 136.

¹³ María Zambrano. *La autobiografía*. México, Fondo de Cultura Económica, 1943. El texto hace referencia a la página 57.

¹⁴ San Agustín. *Operae*. T. II. *Confesiones*. Texto bilingüe. Edición crítica y anotada por el R.P. Ángel C. Vega. Madrid, Biblioteca de Autores cristianos, 1946. El texto hace referencia a la página 375.

¹⁵ E. Martène. *De Antiquis Ecclesiae Ritibus*. Paris, Desclées de Broker, 1893, p.187 ss.

¹⁶ “Júzgame Tú, ¡Oh Dios! Y defiende mi causa de la gente malvada; líbrame del hombre inicuo y engañador”.

¹⁷ F. E. Warren. *The Liturgy and Ritual of the Celtic Church*. Oxford Press, 1881.

¹⁸ “El propósito real del libro era simple y sinceramente autobiográfico” (la traducción es nuestra). Lewis Gates. “Newman as a prose Writer”. En: Henry Newman. *Apologia pro vita sua*. Ed. David J. De Laura (Texas University). New York, Norton and Company, 1968, p. 424.

¹⁹ *Ibid.*, p. 426. “La obra es forma de principio a fin, intensamente impersonal en el tono y en el contenido. Es persuasiva debido a su precisión, su intensidad dramática, las modulaciones de la voz del hablante, y la sinceridad y dignidad de su manera de manifestarse. La lógica, por supuesto, da estabilidad a las discusiones. Los procesos de pensamiento por el cual Newman se traslada de cuestión en cuestión en su desarrollo teológico, están coherentemente establecidos. Pero la cualidad más convincente del libro viene de la representación de una vida, y no de la sistematización de una teoría” (La traducción es nuestra).

²⁰ “La revelación que es penetrante y total requiere el más sutil control del lenguaje: dicción, invención, ritmo, estructura sintáctica, deben trabajar juntos para expresar el movimiento armónico de la mente, la misma órbita, por decir, de la inteligencia viviente” (La traducción es nuestra). Walter Houghton. “Style and the Dramatic re creation of the past”. En: Henry Newman. *Op. cit.*, El texto corresponde a la página 427.

²¹ Martin J. Svaglic. “The Structure of Newman's *Apologia*”. En: *Ibid.*, pp. 440-450.

²² “La Apología es en primer lugar un trabajo de retórica, destinado a persuadir un tribunal, Inglés, Protestante, que sospecha de un converso a una religión no oficial. [...] Entonces (Newman) va a limitar la autobiografía principalmente a una breve explicación de cómo llegó, por empezar, a lo que muchos consideraban con sospecha y miedo: principios Anglo católicos; y una referencia detallada de cómo habiéndolos aceptado y habiendo aceptado propagarlos, se convenció de que esos principios que lo habían llevado hasta ese punto, podían guiarlo aún más lejos: hacia la Iglesia Católica” (La traducción es nuestra). *Ibid.*, p. 441.

²³ El texto original se cita de acuerdo con la siguiente edición. John Henry Newman. *Apologia pro vita sua*. Ed. David J. De Laura, (Texas University). New York, Norton and Company, 1968, p.14. A partir de aquí citamos colocando entre paréntesis el número de página.

²⁴ Debido al marco eminentemente hispano de la publicación a la que adhiere este trabajo, se utiliza la excelente traducción española de Manuel Graña de la *Apologia pro vita sua*. Madrid, Ediciones Fax, 1961. p.27. (De ahora en más, las referencias al texto se harán con la sola indicación del número de página).

²⁵ Resalta con énfasis la influencia de Walter Scott y de Wordsworth, entre los más importantes.